

HORACIO EN AMÉRICA LATINA

José Quiñones Melgoza
(Universidad Nacional
Autónoma de México)

Descubierto el Nuevo Mundo en 1492, gracias a los esfuerzos marítimos y financieros de España y Portugal, los habitantes de América dejaron de ser por la conquista (cosa que tantas veces después de ella han querido volver a ser) auténticos americanos, pues perdieron, quierase o no, su propia singularidad para adquirir otra identidad (no mejor ni peor; pero otra, que se volvió suya y propia desde el momento en que sin prejuicios la aceptaron plena y conscientemente), la cual todavía se esfuerzan por guardar y revitalizar de tiempo en tiempo, como manera de no perder el cerco de su realidad y de sus tradiciones más caras.

De España, pues, recibió América, para todos sus pueblos y razas, no sólo la herencia corporal genética, "Íncultas razas ubérrimas sangre de Hispania fecunda", de que hace alarde, en su *Salutación del optimista*, Rubén Darío, sino en entrega ilimitada, la cultural e ideológica de Occidente, entre cuyas cimas destaca el "humanismo grecolatino", que -parafraseando el inicio de la "Introducción" que Gabriel Méndez Plancarte puso a los *Humanistas mexicanos del siglo XVI*-, es una de sus más hondas y fecundas raíces, un elemento vital y específico que ha plasmado su fisonomía espiritual y ha contribuido a formar lo que bien puede llamarse la cultura latinoamericana.

Luego de tocadas las tierras de América por las expediciones de Cristóbal Colón, Horacio es uno de los primeros autores clásicos latinos que ingresan en ellas, ya porque alguien recuerda la factura de sus estrofas ya el pensamiento de sus versos, o tiene a mano alguna edición europea de sus obras.

Fue el humanista italiano Alessandro Geraldini, obispo de la isla de Santo Domingo (arribó allí en 1520), quien tuvo el privilegio de ser el primero en imitar la factura de algunas estrofas horacianas con dos poemas latinos que compuso, los cuales luego se incluyeron en su *Itinerarium ad regiones sub aequinoctiali plaga constitutas* (Roma, 1631). Uno de ellos, en estrofas sáficas, se halla referido a la construcción de la catedral de Santo Domingo; el otro, en dísticos arquiloquios (hexámetro dactílico y trimetro dactílico cataléctico), al viaje que realizó desde España.

Posteriormente el español Cristóbal Cabrera, además de utilizar en sus *Meditatiunculae* (iniciadas en México -llamado entonces Nueva España-, por 1537) muchos metros líricos de Horacio y la forma epistolar que el poeta de Venusa consagró (dos epístolas, Cuernavaca, 1541), recuerda en su *Dicolo icástico* (poema en 10 dísticos elegíacos, México 1540) algunos pensamientos horacianos, como su verso 9: *hunc manibus versa, tere perlege, dilige librum*, que viene traído tanto del *Arte poética* (verso 269) como de las Epístolas (libro II, verso 92). Un recuerdo igual de Horacio hace también fray Esteban de Salazar, cuando dedica en honor de fray Alonso de la Veracruz y de su libro *Dialéctica Resolutio* (México, 1554) un poema acróstico en dísticos elegíacos, cuyo verso 5 termina *...et miscuit utile dulci*, que textualmente copia una parte del verso 343 del *Arte poética*.

En cuanto a las ediciones que se manejan, Francisco Cervantes de Salazar (llegó a México c. 1549), tuvo entre sus libros un *Horacio con comento*, el cual posiblemente trajo consigo de España. Por otro lado, y siguiendo con las ediciones, resulta incuestionable que Horacio, antes de ser parte integrante de la cultura de América Latina, tuvo primero que estar presente por sus obras en el continente americano para que así pudiera ser conocido y posteriormente estudiado.

Tampoco esperemos que, una vez descubierta América, las obras de los clásicos, y en este caso las de Horacio, inunden las incipientes bibliotecas de colegios, conventos y acervos particulares de algunas personas, cuando bien sabemos que son obras de filosofía,

teología, derecho y pensamiento renovador cristiano las que principalmente se encuentran en posesión de fray Juan de Zumárraga, de don Vasco de Quiroga y del acervo bibliográfico que fray Alonso de la Veracruz (hacia 1538) hizo reunir para iniciar los estudios superiores de los dominicos en el convento michoacano de Tiripetio; además de que don Marcelino Menéndez y Pelayo, refiriéndose a España, dice que "Horacio fue de los poetas latinos menos saboreados en la Edad Media, y hasta muy entrado el siglo XV apenas encontramos reminiscencias de sus ideas y estilo¹.

Por tanto, no es descabellado pensar que algo similar a España tuvo que haber pasado con Horacio en América Latina, si admitimos como más o menos cierto lo que Gabriel Méndez Plancarte, en su Horacio en México, dice:

... Algo semejante puede afirmarse de nuestra literatura en los siglos XVI y XVII, siglos que fueron, en cierto modo, nuestra Edad Media, pues otros poetas latinos parecen haber influido con más frecuencia y con mayor intensidad que el Venusino...²

Y debe recordarse que Nueva España fue el primer territorio que España conquistó, después de las islas de Santo Domingo y Cuba, y a quien ciertamente le otorgó su preferencia, sobre todo en el campo cultural: primera imprenta (1539) y primera universidad (1553) en toda América.

Consecuentemente tiene que establecerse de manera más amplia que la presencia de Horacio en América Latina no ha de cuantificarse sólo por las reminiscencias que de él se tengan, sino que, para que éstas puedan darse conscientes y plenas, debe contarse como importante el que las obras horacianas se hayan tenido a mano para estudiarse y traducirse. Y puede señalarse que América las tuvo, tanto en ediciones llegadas de Europa como en algunos breves textos reproducidos aquí, principalmente en México.

Que muchas *Opera omnia* de Horacio pasaron a América Latina, pueden confirmarlo los catálogos de las bibliotecas nacionales de

¹ *Bibliografía hispanolatina clásica*, t. 6, p. 40.

² p. 4.

países como Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela; para no hablar de México, donde, por lo menos el 80% de las obras de Horacio, registradas por catálogo,³ con fecha de impresión anterior a 1800, llegaron durante el período colonial por diversos caminos: encargos personales, equipajes de viajeros o colonos, pedidos oficiales del gobierno virreinal para escuelas, colegios, conventos y librerías etcétera.

Y si América Latina ha mantenido durante mucho tiempo una cierta unidad intelectual, en gran medida debe atribuirse a que ésta por más de tres siglos recibió de España, en cuanto a cultura clásica, una misma literatura, una misma mitología, un mismo arte y un mismo pensamiento. Sin embargo, Horacio ciertamente no va a ser el autor cuyos textos latinos se impriman primero en América, ya que en esto lo va a superar Ovidio con sus elegías *Tam de Tristibus quam de Ponto* (México, 1577); será, eso sí, el autor más estudiado, si por estudio se entiende no la reproducción escueta y ausente de cualquier nota filológica, sino sus traducciones y lecturas del texto original que más tarde hagan surgir tanto imitaciones como reminiscencias en los escritos de los más connotados autores latinoamericanos.

Hasta el día de hoy América Latina no puede ufanarse de haber impreso una sola edición del texto latino de las obras completas de Horacio, menos aún que dicha edición pueda tener un carácter eminentemente filológico; es más puede que ni siquiera la haya de una sola obra de Horacio, así se llamen *Sátiras*, *Epístolas*, *Odas* o *Epodos*. Juzgar por este aspecto que América Latina es una nulidad, sería tanto como desconocer la historia evolutiva de sus grandes esfuerzos culturales, que en la esfera del campo literario tan magníficos frutos ha rendido en cada uno de sus países integrantes, y querer exigirle con severidad más de lo que históricamente, en esta área específica de cultura, estaba en condiciones de haber podido

³ J. Quiñones Melgoza, *Catálogo de obras de autores latinos en servicio en la biblioteca Nacional de México: época de Augusto* (México, UNAM, 1983), pp. 59-71.

aportar, porque, primero, ¿quién iba a hacer tales ediciones? y, segundo, ¿dónde se iban a hacer?.

Por tiempo y lugar, en el siglo XVI, sólo México y Perú, que ya poseyeron la imprenta, tuvieron la posibilidad de haberlas hecho, pero que, por comprensibles circunstancias, no las hicieron; en el siglo XVII se agregarían también, como usufructuantes del arte de Gutenberg, Bolivia y Guatemala; en el XVIII todos los países de América Latina ya tienen la imprenta, a excepción de Uruguay, Panamá, El Salvador, Costa Rica y Honduras, quienes la introducen en los albores, del siglo XIX, cuando están a punto de conseguir su independencia o poco tiempo después de lograrla.

Ahora, ¿quién iba a hacerlas? De no emprenderlas, durante el período colonial, un residente español o un afortunado criollo, quienes podían saber el oficio y tener la visión cultural para intentarlas, nadie iba a hacerlas ni siquiera, si mucho se insiste, los mismos que fueron señalados antes como posibles, porque, no existiendo las condiciones socioculturales favorables, ninguna institución o persona sentía la necesidad de apoyar semejantes proyectos, si acaso hubieran existido.

Ahora que si en esa cierta paz y tranquilidad colonial no se realizaron, es aun más difícil esperar que se dieran en los inestables tiempos de las guerras de independencia; en las zozobras por consolidar los gobiernos de las nacientes repúblicas, donde nunca faltaron las luchas antagónicas por el poder, los enfrentamientos ideológicos entre liberales y conservadores; y en el sometimiento implacable de las clases trabajadoras continuamente desposeídas, cuyo empeño por liberarse y conseguir un trato mejor y una igualdad jurídica engendró, como en México, sangrientas revoluciones y frecuentes asonadas.

En cuanto a los textos, es bastante con que haya impresas, desde el siglo XVI, pequeñas frases y sentencias de las obras de Horacio que corren, como ejemplos de los preceptos en las gramáticas latinas que tuvieron la suerte de imprimirse en América. Así el "Prefacio" del texto *De Institutione grammatica* del padre Manuel Alvarez, S. J., señala que:

Iactis ad hunc modum fundamentis ex utrique grammatices praecepta delegimus, quae Terentii, Ciceronis, Caesaris, Livii, Virgillii, Horatii atque aliorum veterum testimoniis, pro nostra tenui infirmaque parte confirmamus.⁴

Ya en el siglo XVII se encuentran impresas, recogidas en antologías preparadas para la enseñanza, algunas piezas latinas de la producción horaciana. Esas antologías son, principalmente el *Poeticarum institutionum liber...* (México 1605 y el *Florilegium ex amoenissimis tam veterum quam recentiorum poetarum hortulis...* (México, 1636). La primera, desde que teóricamente expone los conceptos básicos de los géneros literarios, va citando, como apoyo de la exposición, gran cantidad de versos del *Arte poética* de Horacio. Luego, al abordar singularmente la sátira y la poesía lírica, incluye, como nuestras antológicas los textos de la *sátira primera del libro I; 20 odas* (8 del libro I; 5 del II; 4 del III; 3 del IV) y 4 *épodos*. La segunda lleva completo el *Arte poética* y 15 *odas* (10 del libro I; 3 del II y 2 del III). Hay, además, en México, entre 1697 y 1761, como apéndice de varios librillos que versan sobre "la cantidad de las sílabas, explicada conforme al *Arte* de Antonio de Nebrija", cuando menos 13 impresiones del *Arte poética* que no llevan más afán filológico que el gusto de reproducir el texto latino.

Pero como ya se ha dicho, las ediciones latinas de Horacio en América Latina no son la parte fuerte de su estudio. La crítica filológica aquí no se ha ejercido teóricamente sobre búsquedas que atiendan a mejorar ciertas lecturas del texto original en sí y por sí mismo; sino más bien se ha ejercido prácticamente en las traducciones, las cuales habrán de permitir un acercamiento más preciso al sentido y significado auténtico de los textos horacianos.

Si bien es cierto que hasta ahora América Latina no conoce un solo traductor de Horacio que haya publicado traducidas todas las obras de ese poeta, sí puede afirmarse que Horacio es el autor

⁴ Puestos los conocimientos para este método, escogimos de ambos (los gramáticos antiguos y modernos) los preceptos de la gramática, los cuales a favor de nuestra débil y endeble labor confirmamos con ejemplos de Terencio, Cicerón, César, Livio, Virgilio, Horacio y de otros antiguos autores.

clásico que en América Latina tiene más traductores circunstanciales que cualquier otro poeta latino, incluso que el mismo Virgilio; pero con la diferencia de que a éste sí lo han traducido y publicado completo varios ingenios latinoamericanos.

Decir traductores circunstanciales de Horacio es señalar a aquellos que han traducido sólo una obra de aquél o algunas piezas escogidas, principalmente de las *Odas* o de los *Epodos*. Además puede afirmarse que no hay país latinoamericano que no cuente con un traductor de Horacio, al menos de alguna mínima pieza, cosa que no sucede con ningún otro poeta latino.

Esa abundancia de traductores y ese fervido entusiasmo por trasladar algunas piezas de Horacio fue despertado en gran medida por don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien al dar a conocer primero sus proyectos y publicar después el *Horacio en España* (1877 y 1885) y las *Odas de Q. Horacio traducidas e imitadas por ingenios españoles* (1882), levantó una colosal hoguera de admiración hacia el poeta latino, a la vez que sagazmente pulsaba las cuerdas del amor propio de cuanto traductor latinoamericano ansiase al menos la gloria de figurar en sus comentarios.

Tanto fue así que de todas partes y países de habla hispana reunió documentación bibliográfica y más tarde recibiría información, piezas traducidas y densa correspondencia postal.

Para quienes por este medio lo frecuentaban, tuvo siempre agradecimientos y frases de aliento, observaciones valiosas o ásperas reprimendas, si, vueltos críticos, erraban el comentario. Entre lo dicho aquí y allá o lo aconsejado a éste y a aquél, la filología traductiva se fortalecía, y todos trataban de superarse en verter y comprender mejor a Horacio, cuyo puente de unión era don Marcelino, a donde todas las traducciones confluían. Como prueba, su *Horacio* por doquier está lleno de cartas, comentarios y labor filológica puesta al calce de cada pieza, de cada consulta o información compilada o recibida: notas que, leídas, llegaban a enriquecer la cultura de aquellos futuros traductores que no alcanzaron la gloria de ver sus nombres y páginas, vertidas en las obras de quien fue el gran propulsor de la poesía de Horacio.

Otra causa también del gran número de traductores con que Horacio cuenta en Latinoamérica, se debe al enorme atractivo de modernidad que para la poesía americana ofrecían las odas del gran vate lírico (no en vano el movimiento renovador de la literatura española, el Modernismo, surgió en esta parte de América y desde entonces la mejor literatura en español se produce acá) y a la cierta facilidad que representa traducir un breve poema lírico antes que una égloga o canto de la *Eneida* o las *Geórgicas* y antes también que cualquier elegía de Ovidio, Propercio o Tibulo.

Horacio en Latinoamérica tiene la suerte de contar entre sus traductores a destacados literatos, además de que éstos mismos pudieran sobresalir en otros campos como el de la política, las ciencias o las artes. Así Bartolomé Mitre en Argentina; Miguel Antonio Caro, Rafael Pombo y Antonio Gómez Restrepo en Colombia; José Martí y Enrique José de Varona en Cuba; Eduardo de la Barra en Chile, José Joaquín Olmedo en Ecuador, y Andrés Bello en Venezuela. México, donde es más intensa la influencia y la presencia de Horacio, cuenta a vuelo de pluma con Cayetano Cabrera y Quintero, Francisco Xavier Alegre, Manuel M. Flores, José María Roa y Bárcena, José Joaquín Pesado, Joaquín D. Casasús, Joaquín Arcadio Pagaza y Rubén Bonifaz Nuño, entre otros.

Tampoco han faltado ciertos estudios específicos sobre Horacio, los cuales abordan, bien su influencia o su presencia en determinados autores o países, bien las características de su poesía, su arte y las excelencias de su obra y de su personalidad literaria. Entre algunos más, pueden contarse *Pensamientos de Horacio sobre moral, literatura y urbanidad* (San Juan de los Lagos, México, 1874) de Agustín Rivera; *Horacio en México* (1937) de Gabriel Méndez Plancarte; *El prisma de Horacio* (México, 1937) de Octaviano Valdés; *Horacio: su lírica ante el gusto moderno* (Bogotá, 1937) de José María Restrepo-Millán; *Evocación de Horacio* (México, 1949) de Salomón de la Selva; *Horacio, poeta lírico: su influjo en la literatura castellana* (Bogotá, 1956) de José C. Andrade; *Horacio y los poetas de su tiempo* (Bahía Blanca, Argentina, 1950)

de Alberto José Vaccaro; *Horacio como norma* (México, 1963) de Rosa Rey Romy, y *México exalta y censura a Horacio* (México, 1991) de Tarsicio Herrera Zapién.

Estudios, éstos, que poco a poco y uno a uno han ido creando la consciencia de ampliar para el texto latino aquella filología que se desbordaba de las solas traducciones: como que en general hasta antes de 1940, casi parecía imposible hacer ediciones bilingües en muchos países de América y menos aún adicionarlas con estudios de erudición filológica e interpretativa, como ahora se hace.